

# Miramos bajo las piedras buscando inspiración y resulta que la tenemos en cada niño

**César Bona García**

Maestro del CEIP Puerta Sancho de Zaragoza

*“El curioso incidente que acaeció al zagal José Ángel de las Mercedes y Acapulco, el mozalbeta que tenía abdominales de campeonato y que estornudaba palabras de amor cada vez que olía cebolla cocida”.*

Este es uno de los títulos que componen la saga “Historias curiosas” que propongo una vez a la semana. Éste, cuanto más largo y quijotesco mejor, incluye el nombre de un niño o una niña de clase y las cosas más absurdas y sin sentido que logres imaginar. Si le añades diez palabras o expresiones al azar (como “de rancio abolengo”, por ejemplo), lo que sale de las cabezas de los niños coparía los primeros lugares de los cuentos más leídos de España.

**Sucede una vez a la semana, y ellos desean que llegue para leer y para escribir. Leer y escribir. Desean.**

¿Os imagináis una obra de teatro con un niño sentado en una taza de váter en mitad del escenario en una obra de Navidad? Por supuesto, alguien dirá: “¿Pero esto qué es?”. Añooro los festivales de Navidad. Daban mucho juego para que los niños se expresaran, para que madres y padres disfrutaran sintiéndose parte de esto. Será que nací en un cinco de enero y ya vine con los Reyes. En muchos sitios ya no hay de eso. Se los han tragado las programaciones y las prisas por que aprendan más cosas. En otros, se ha cambiado el nombre y parte de la esencia ha desaparecido. Antes de que eso ocurriese, escribí una obra de teatro en verso que adaptaba al lugar según los niños que hubiese. En Bureta había seis; en Muel estábamos doce. En Muel, además, uno de los niños era de religión musulmana, así que metí un tal “Hamik el pastor” que charlaba con el Rey Baltasar comenzando con un “No se piense que es de broma, pero yo soy más de Mahoma”.

Pues bien. En esa obra pensé que faltaba un giro y apareció entonces un cagané. Esto que vais a leer fue uno de los momentos grandes de la obra, no por su calidad literaria, sino porque los niños estaban deseando, entusiasmados, que llegara ¿Y qué vamos a hacer los adultos? ¿Negarles ese gozo?:

*María y José. Antes de llegar a la posada se encuentran con el CAGANÉ: Un niño está sentado en una taza de váter en mitad del escenario...*

**María:** ¡Por todo lo que más quieras...!

*¡Dime que lo que estoy viendo es un mal sueño!:*

*¡Un hombre mostrando sus posaderas, y mientras frunce el ceño parece empujar con empeño!*

**José:** Por nuestro hijo que está al nacer:

*¿Puede saberse qué hace usted de esa guisa?*

**Cagané:** Su mujer no anda imprecisa:

*Mis posaderas con respeto muestro como parte de cultura, les enseñará el maestro.*

*Soy un visionario, señor,*

*y predigo que en un futuro*

*no habrá belén que se precie*

*que no cuente con uno de mi especie.*

*José y María se alejan sorprendidos e indignados.*

Siempre he pensado que el surrealismo o el sinsentido están infravalorados en la escuela. Y nos conviene recordar que los niños están más cerca de ello que de las reglas que tantas veces imponemos. Creo que Gloria Fuertes lo sabía bien. En el mundo del sinsentido es donde se crean las grandes historias, donde nadan ellos a diario: porque es el mundo donde la imaginación todo lo hace posible. En ese sentido, me siento afortunado de no haber cerrado ese canal que une al adulto que soy con el niño que fui, y las ideas pasan de un estadio a otro con banda ancha. De vez en cuando, los maestros deberíamos hacer un viaje en el tiempo para recuperar esa visión de niño, y entenderíamos muchas cosas que ahora nos parecen “tonterías de críos” y que para nosotros, instalados en el mundo lógico del adulto, no tienen cabida para aprender.

**Ser maestro es un privilegio. Nadamos en una fuente infinita de imaginación, de inspiración**

Cada día que pasamos con los niños es una oportunidad de aprender de ellos, de copiar su actitud positiva ante la vida o de meternos en un mundo donde las reglas se estiran y encogen a su antojo. Pero eso implica también una gran responsabilidad. No basta con llenarles la cabe-

za de datos y convertirlos en seres extraordinariamente ilustrados. Es nuestra misión, además, aguijonear la curiosidad para que sean ellos los que deseen aprender; estimular la creatividad y darles la oportunidad de expresarse... Muchas veces, desafortunadamente, las escuelas sólo consiguen cortar las alas a esa ilusión, a ese deseo de crear. Y, sin darnos cuenta, olvidamos también la importancia de educar en sensibilidad y en empatía, poniendo nuestros objetivos docentes en que consigan saltar por encima de unos números que no son los que rigen nuestras vidas.

¿Por qué elegí ser maestro? Porque los maestros podemos abrir puertas y ventanas para que los niños sean personas plenas, porque está en nuestras manos el empujarles hacia adelante para que ellos mismos construyan su presente y su futuro. Podemos hacerles participar en la sociedad para que nos ayuden a cambiar las cosas. Y para eso también hemos de darles herramientas. Que sepan cómo expresar una emoción o un pensamiento, que sepan cómo defender un argumento o aceptar las equivocaciones. Que consigan ser seres resilientes y que esa flexibilidad les convierta en personas más sociales, luchando así por salir de esa individualidad y ese egoísmo que sin darnos cuenta se convierten en parte de nuestra vida muchas veces.

Los maestros llevamos unas gafas que olvidamos quitarnos a veces. **Nuestra visión de la educación, de los niños y del mundo en general, es excesivamente didáctica.** Nos parece que todo ha de ser dirigido a que los niños aprendan. Y es así, pero no ha de ser forzado. De niños aprendemos por curiosidad, una curiosidad innata que nos acompaña a lo largo de nuestra vida pero que muchos dejan de lado conforme crecen. No hay más. Si tú pones una caja de cartón cerrada en medio de una clase y te vas un minuto, verás a todos los niños alrededor de esa caja preguntándose qué habrá dentro. Es tan sencillo como eso. En las escuelas nos empeñamos en hacerles aprender en lugar de invitarles a hacerlo. Estimular esa curiosidad diariamente debería ser obligatorio para todos aquellos que quieran ser maestros.

**Te reto, a ti que ahora me lees, a estimular la curiosidad de tus niños al menos una vez al día.** Olvídate



de que tienes matemáticas o lengua, educación física o inglés. El aprender no debería estar encajonado, la curiosidad no entiende de límites.

Cada día, en algún momento de la clase, lanzo la Wiseman/wisewoman Question. Se trata de una pregunta que propongo sobre cualquier tema que se me ocurre. Es obligatorio apuntarla, pero no lo es responderla ¿Y por qué deben copiarla entonces, si es voluntario responderla? Por si les apetece hacerlo en casa. Ahora, en la clase en la que estoy, 5º B, 22 niños traen la respuesta casi todos días. En clase hay 22 niños. Si alguno o alguna se la olvida o no ha encontrado la respuesta, no pasa nada: escucha a los demás. Estas son algunas de las propuestas, que pueden investigar con su familia, en internet o cualquier otro medio que se les ocurra:

*¿Por qué tenemos esas dobleces en las orejas? Dime algo sobre un escritor que era amigo de Houdini y que creó a un detective muy inteligente. Canta una estrofa de un tango de Carlos Gardel ¿Por qué el mar Egeo se llama así? ¿Por qué se le llama "eco" al eco? Cuéntame algo sobre un señor que pintó unos relojes espachurrados.*

¿Podéis imaginar cuánto pueden aprender los niños con esa capacidad de absorber que tienen? De literatura, mitología, geografía, música, arte... Y más allá de aprender: ¿Creéis que con estas prácticas se crea en ellos una inercia de fortalecer esa actitud curiosa que conforme crecemos se va perdiendo? Mi opinión es que sí, que uno se hace preguntas sobre más cosas y sabe que puede buscar sus respuestas.

Así sobre la marcha me ha venido esta pregunta para nosotros, a ver si hay solución: ¿Por qué en matemáticas los problemas se llaman "problemas" en lugar de llamarse, por ejemplo, "retos"? A mí me apetecería más enfrentarme a un reto que a un problema.

Aguijonear esa curiosidad, sí, pero también ser una persona curiosa, con deseo de aprender de todo lo que te rodea. Un maestro no sólo se forma en los cursos homologados por *nosequién*. Un maestro, una maestra debe tener en el interior una máquina de búsqueda llena de preguntas: por qué, cómo es posible, de dónde, cuánto... ¿Y por qué no aprender con los alumnos, que sean ellos los que nos enseñan a nosotros? Esa es otra de las claves que me guían: el maestro no sabe todo. Y si hay algo que gusta cuando se es niño es sentirse investigador. Aprovechemos para que nos enseñen cosas que desconocemos. Los niños y niñas pueden sorprendernos, dejémosles espacio para que den un paso adelante.

**¿Qué sabemos de los niños a los que cada día nos empeñamos en educar?**

Allá donde he estado me ha gustado entender a los niños con los que iba a trabajar: conocer su contexto y sus necesidades. A partir de ahí, uno ha de ser flexible y tener la capacidad de crear sobre el terreno experiencias que estimulen a esos niños y niñas. No es lo mismo estar en una escuela en un contexto marginal que en una gran ciudad o en una unitaria. No podemos pretender que

actúen igual, que sientan igual. Así, quizá unos necesiten aprender a leer divirtiéndose con una obra de teatro que tú mismo has de escribir, otros se sientan plenos ahondando en sus raíces y dando oxígeno a su pueblo. Quizá lo que sea necesario en otro momento o en otro lugar es sacar a los niños de la escuela y hacer que interactúen con los ancianos del lugar para que aprendan a valorar la importancia del respeto. Otros niños pueden crear una protectora virtual y proponerse contagiar a miles de niños de todo el mundo con su actitud... Y ahí aparece también la palabra "ejemplo": el conseguir que esos niños y niñas se sientan ejemplo para otros. Hacerles conscientes de que cada paso que den va a ser admirado por otros, imitado, y que por eso ha de ir siempre acompañado de la palabra "respeto".

Así, y mirando más allá de los estándares y las numeraciones, hemos de pararnos a conocer a los niños que van a pasar con nosotros tanto tiempo. Si a uno le gustan los cuentos, sabrá resumir todo un libro de historia en forma de cuento: propónselo; si una niña es incapaz de expresarse cuando surge una emoción, deberás darle las herramientas para que supere ese reto. Luego, déjala subir sobre una mesa. Sin darnos cuenta, estaremos educando en esas competencias que muchas veces nos limitamos a copiar de los libros. Y no, no son casos inventados, no es imposible: Mónica, de Muel, tiene sensibilidad. En cuarto de Primaria se echaba a llorar si se emocionaba con algo. Se le dieron pautas para superarlo, y terminó hablando delante de 400 personas en el Premio de Medioambiente de Aragón 2013, con sus pausas, mirando a la gente a los ojos, y convenciendo y emocionando a quienes la escuchaban.

Iván, también en Muel, apenas decía "hola" o "adiós" en clase. Tenía dificultad al pronunciar la "r" y además era poca cosilla. La vergüenza era un muro demasiado alto. Sin embargo, en clase no molestaba. Podría pasar desapercibido. Iván se convirtió en el líder del grupo que formamos; subía sobre la mesa y recitaba un fragmento del Mercader de Venecia, de Shakespeare; o por contar algo que haga de esta historia algo más llamativo, el pasado julio me acompañó al PreCongreso Mundial por los Derechos de la Infancia en Barcelona, y allí, sin mirar papel alguno, llegó a los corazones de 300 personas de todo el mundo hablando durante 7 minutos acerca de qué espera para el futuro y cómo pueden los niños cambiar las cosas.

Me dijeron: "Nos gustaría que contaras algunas experiencias que has ido haciendo estos años". Y hablando de conocer a los niños y niñas que uno tiene en clase he recordado a Iván o Mónica, porque suelo ponerlos como ejemplo de cómo un niño puede superar sus miedos o sus vergüenzas si se les tiende una mano. Pero ahora, haré un viaje en el tiempo algo más atrás y me situaré en un momento en el que probé una experiencia rara con una clase y que resultó tener muy buen resultado, y la cual estoy aplicando ahora también.

Aquel colegio recibía niños de un contexto socioeconómico medio-alto. Muchos padres trabajaban en empresas bien situadas. Creé entonces un proyecto llamado "Esta clase es una empresa", con el fin de que todos se sintieran parte de algo y que su actitud tendiera hacia el compañerismo y la colaboración. Aquí se aplica un principio que es infalible: cuando uno se siente protagonista, implicado en un proyecto, eso le hace vivirlo intensamente, como algo suyo. En consecuencia, el respeto ya no se impone, sino que sale de dentro.

Ya sabemos cómo funciona el puesto de delegado/a, encargado/a de repartir cosas... Como me apetecía que cada uno de aquella clase de 24 tuviera su función, su peso específico en la clase, comencé a inventar empleos o, algo que tiene una riqueza inmensa, coger de los adultos y aplicarlos dentro del aula. En realidad, así funciona la innovación: coger algo de un sitio y ponerlo en contexto distinto.

Pondré algunos ejemplos. Esos cargos rotaban cada cierto tiempo. Entonces, aparte de delegada y subdelegado, teníamos el Historiador, que apuntaba cualquier cosa curiosa, anecdótica o graciosa que sucediera en clase. Estaba también la Cabecilla de los Sublevados: a través de ésta se canalizaban todas las quejas de los niños. Por medio de papeles anónimos que le entregaban podían expresar su desacuerdo, y abiertamente lo hablábamos. Don Limpio se ocupaba de avisar si veía algo en el suelo. La clase estaba siempre limpia. Los bibliotecarios eran los encargados de hacer el préstamo de libros. En esta rama se encontraba la Defensora de la Lectura: los últimos cinco minutos de clase era sagrado parar, hacer un círculo sentados en el suelo y leer interpretando. Los Jefes de Reciclaje hacían su tarea de concienciación y preparaban la logística. Una función respetada era la de Encargada de la Lista Negra de los que Hablaban Demasiado. Cada vez que alguien no respetaba el turno de palabra, ésta marcaba una cruz. Cada cinco cruces, tenía medio punto menos en la materia que tocara la quinta cruz. No obstante, podía recuperar ese medio punto si recurría a la Abogada. La tarea de ésta era hablar con su representado y conmigo y decidir un trabajo para hacer sobre la materia. Si me satisfacía, se devolvía el medio punto. O también estaba la Lista Blanca de los Altruistas Emprendedores: en ella se apuntaban voluntariamente aquellos que quisieran ayudar a otros. Si Germán era bueno en inglés, se apuntaba así en el tablón. Luego, si alguien andaba flojo en inglés podía recurrir a Germán para que le ayudara. Se sentaban juntos sin avisar, trabajaban a la hora de comer... Solía ser un éxito.

Viajo ahora al Colegio Fernando el Católico, en Zaragoza. Me tocó ser tutor de 4º, una clase bastante conflictiva con el 80% de niños de etnia gitana y del resto, 18% inmigrantes. Muchos no sabían leer con 10 años. Escribí una obra de teatro con la que se consiguió que leyeran, y aproveché para dar la plástica de aquel año, preparando decorados haciendo esculturas y pintando cuadros de Goya, Velázquez, Picasso... con los que luego hicimos un

museo en el colegio. Me hice amigo de Javi, el líder del grupo y con el que ahora tengo muy buena relación, yendo todos los días por la tarde una hora antes para que me enseñara a tocar el cajón. Tenía magia en las manos.

Los dos años siguientes estuve en Bureta, una escuela unitaria con seis niños de cinco edades distintas. Los primeros días pensé que me volvía loco, así que me dediqué a observar. Resulta maravilloso ver cómo se ayudan unos a otros, y cómo ese espíritu de colaboración se mantiene años después. Pero había una cosa que me resultó curiosa: de seis niños, dos no se hablaban. Indagué, y descubrí que eso no venía de los niños sino de más arriba. Era inadmisibles que en un pueblo de 200 habitantes, con una escuela de 6 niños, dos tuvieran coartada su felicidad por roces de adultos.

Solía hacer 80 kilómetros al día para ir a trabajar, y otros 80 de vuelta. En uno de esos viajes, escuchando la música de las películas de Woody Allen, me vino un flash. Iba a hacer una película de cine mudo con ellos. Y este niño y esta niña serían los protagonistas. Les hice investigar sobre el contexto de aquellos años, les hice comparar la crisis actual con el crack del 29, o buscar información sobre personajes o hechos relevantes. Mientras tanto, yo buscaba por internet cómo se rueda, tipos de planos, cómo se edita... porque jamás había tocado una cámara de vídeo. A propósito, tuvimos que pedir una a uno de aquellos maravillosos CPRs que tuvimos en otra era, porque ni siquiera teníamos cámara.

Quería que trabajaran las emociones, la expresión por gestos y por palabras, la empatía, ponerse en el lugar del otro antes de criticar. Por su parte, padres y madres tenían que trabajar juntos para preparar el *attrezzo*. El resultado: una película de 40 minutos de duración que en el día del estreno atrajo a 400 personas en un pueblo de 200, y que recibió un premio en el Festival Internacional de Cine para Niños de la India o el Premio Create por el Ministerio de Cultura. Y consiguió otro premio que no se ve pero que perdura.

Con parte del premio, convencí (no sin esfuerzo) al electricista para que quitara todas las luces de un aula y me colocara globos de luz gigantes de papel de esa tienda tan grande y amarilla en la que te montas tú las cosas. Compré unos pufs, alguna tienda de campaña, suelo blando, dos plantas, estanterías y libros. Había (y todavía está) una biblioteca de ensueño, donde los niños se tumbaban, se metían en la tienda o se derretían en un puf con un libro.

Al año siguiente pensé que sería bonito que un pueblo de 200 habitantes pudiera estar unido en un proyecto común, y crear una base de respeto entre niños y ancianos que diera a estos últimos, muchas veces olvidados, el peso en la sociedad que nunca debieron perder. Así, hicimos un documental etnográfico en el que los niños iban de casa en casa preguntando a las personas mayores sobre su infancia, sobre el amor, sobre su vida... Y en mitad del rodaje me di cuenta de que siempre hablaban en pasado, así que dimos un giro al cortometraje y los



niños ayudaron a los ancianos a hacer que sus sueños se hicieran realidad.

Al llegar a Muel me dieron una clase tranquila de doce niños. Si recuerdo perfectamente lo primero que les dije: "Para mí no es importante que saquéis dieces o buenas notas si no sois buenas personas. Un diez no se puede llevar colgado en la espalda y mirar a los demás por encima del hombro. Las buenas notas sólo sirven cuando uno es respetuoso con los que tiene alrededor".

Con ese grupo estuve tres años inolvidables, y la aventura comenzó una mañana de noviembre. Los niños se encontraban jugando en el recreo, y al otro lado de las vallas aparecieron unos tipos con una serpiente en el cuello: Todos los niños se acercaron ante tal espectáculo y estos señores les dieron panfletos con información sobre el circo que pretendían montar en el pueblo. Cuando el recreo terminó, todos los niños subieron a sus aulas exaltados, pues el circo había llegado al pueblo. Les dije que me alegraba de que estuvieran contentos, pero les dije: "Investigad, y mañana hablamos" (os invito a hacerlo también a vosotros). Ese día, escuchando a los niños, nació El Cuarto Hocio, una protectora virtual de animales dirigida por ellos. Ese nuevo proyecto se basaba en ofrecerles la posibilidad de descubrir por sí mismos hechos o realidades que permanecen ocultos hasta que ellos abren esa puerta; lanzarles preguntas y que ellos investigaran en sus casas con sus padres. Llegaban a conclusiones muy interesantes. Y sí, éste tenía que ver con el respeto a los animales, pero siempre recalco que yo no

soy animalista, sino educador. Y nos gusten más o menos los animales no hay que cerrarles la posibilidad de ser empáticos.

Creamos un blog. Esa era nuestra ventana a la sociedad. En él publicábamos nuestro ofrecimiento a ayudar a hacer de este mundo un lugar mejor, y también todas las curiosidades que se nos ocurrían. Sin darse cuenta, estaban aprendiendo de geografía, historia, mitología, biografías de personas relevantes en la historia de la humanidad... pero también aprendían a ser respetuosos con el medio, a no quedarse parados ante las injusticias, a dar un paso adelante y actuar. Y sí, también era un proyecto voluntario. Porque el respeto no se impone, como tampoco se puede imponer la amistad, o el amor. Todos hemos cogido de la mano alguna vez a dos niños que discutían y les hemos dicho: "¡Tenéis que ser amigos!" Probemos esto con adultos a ver qué tal nos va...

En nuestro camino nos dieron unos cuantos premios: el de Crearte por el Ministerio de Cultura, el de Medioambiente de Aragón 2013, el Premio Nacional APDDA en el Congreso de los Diputados... Ahí, por cierto, es donde llegaron a hablar estos niños y niñas, con los que hacen las leyes. Seguro que con algo se quedaron los miembros del Congreso. Consiguieron contagiar a miles de niños de todo el mundo con su actitud. En esos tres años fueron a dar charlas a otros colegios, a la Facultad de Veterinaria, a la Universidad Autónoma de Barcelona... En esta última tuvimos el honor de conversar con Jane Goodall, primatóloga británica, Premio Príncipe de Asturias y Embajadora Mundial por la Paz. Meses más tarde me diría que allá donde va pone a estos doce niños y niñas como ejemplo de esperanza en un mundo mejor.

Basándome en El Cuarto Hocio lancé Children for Animals, para invitar a otros niños del mundo a crear sus propias protectoras y gracias a las redes pudieran actuar a nivel global, dándoles la posibilidad de conseguir retos que no se habían ofrecido a los niños.

Se les educó para pensar, para ser agentes activos del cambio, para tomar sus propias decisiones y tener capacidad crítica. Y se logró invertir el sentido de la educación. Ahora eran los niños los que estaban enseñando cosas a otros niños y a los adultos.

Y sí. Para que una niña hable delante de 400 personas hay que darle esas herramientas que decíamos. Considero obligatorio que en las escuelas se impulse la comunicación oral. Mediante el lenguaje podemos expresar emociones o pensamientos, podemos defender nuestros argumentos... y vencer esa vergüenza que a tantos nos costó saltar. Porque es increíble que el don más preciado que tiene el ser humano, que es la comunicación, no se trabaje en las escuelas. Menos determinantes y más subirse a la mesa a hablar sobre Luther King, sobre Mark Twain o sobre lo que quieres para el futuro. Más sobre aprender a discriminar información o sobre cómo estructurar lo que entra en tu cabeza para que luego puedas expresarlo sin dificultad.

Les mandaba preparar charlas de un minuto sobre temas dispares. Recuerdo que me inventé la "pizza con cajones" para ayudarles a organizar su discurso. Consistía en dibujar un círculo, el cual dividía en cuatro trozos. Cada trocillo era, entonces, 15 segundos. Dibujaba un cajón en cada trozo de pizza, con una palabra clave. Sólo recordando esa palabra y hablando 15 segundos sobre ella conseguían completar un minuto sin problema. Cuando ya controlaban cómo hacerlo, les decía que debían ser "soldados de la palabra". Para ello, debían hablar frente a los demás mientras éstos hacían gestos y ruidos para intentar desconcentrar al orador ¡Pasada esta prueba, estaban listos para cualquier cosa!

Subestimamos a los niños. Hacen cosas increíbles si se les propone. Un lunes les hice retirar los cuadernos de las mesas y prohibí que nadie hablara si no era en verso. Les di algunas pautas, y tímidamente comenzaron a hablar. Estuvimos así toda la semana, y el viernes aquello parecía una obra de teatro de Shakespeare. Lo he vivido, no es imaginación: son niños y pueden hacer muchas cosas.

### **Pueden hacer muchas cosas**

Y además tienen una imaginación portentosa, ven las cosas diferentes si logramos liberarles de tantas reglas que se imponen en las escuelas. Por eso precisamente su participación en la sociedad es tan valiosa. Deben ser escuchados, sus opiniones deben ser tenidas en cuenta. Por eso, y porque además no sólo son los adultos del futuro: son habitantes del presente. Y no debemos olvidar que los niños y niñas que ahora están en nuestras aulas, en pocos años serán los que gobiernen sus propias vidas y los que tomen decisiones sobre ellos mismos y sobre los demás. Por eso es tan importante que incluyan el respeto a las demás personas pero también a ellos mismos; el respeto al lugar donde viven y a los seres con quienes lo comparten. Es nuestra obligación hacerles ciudadanos globales, listos para los retos que la vida les presentará. Eso, entre otras cosas, es por lo que nuestra profesión es tan importante.

Me gustaría que hubiera más conexión entre las escuelas de magisterio y maestros en activo, que puedan motivar a los que han decidido adentrarse en esta profesión. Que vean que hay muchas más posibilidades en uno mismo que en los libros de texto, que se sientan capaces de crear para invitar a los niños a crear. Que tengan una actitud positiva y llena de ganas de hacer cosas para que los niños les imiten, y que no se dejen contagiar por los que ya hace tiempo abandonaron la magia de esta profesión.

Me gustaría también que nos paráramos a pensar, como he dicho al principio, sobre cómo éramos de pequeños. Y que abramos ese canal que une el adulto que somos con el niño que fuimos. Ahí entenderemos muchas cosas y se nos ocurrirán posibilidades que espantarán al más serio jefe de estudios, pero que resultará una de las experiencias más bonitas que podamos vivir.